

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- 5 El Padre Eterno
- Jean Pierre Batut* 7 Dios Padre Todopoderoso
- Michael Figura* 24 Omnipotencia de Dios y dolor hoy
- Alberto Espezel Berro* 39 El Rol del padre en la Redención
- Florian Pitschl* 47 Reflexiones sobre la crisis del padre en la cultura contemporánea
- Ferdinand Ulrich* 54 Dios Nuestro Padre
- Josef Sudbrack* 60 Paternidad espiritual. Maternidad espiritual
- Henri de Lubac* 65 Asentimiento al Ser y conversión
- Carlos Schickendantz* 84 Modernidad, humanismo y religión. Cómo hablar de Dios hoy.

El rol del Padre en la Redención

*por Alberto Espezel **

Rom.8,32: "El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?".

I. Misión y Muerte

Es preciso ver la muerte de Jesús desde la perspectiva de su entera misión salvífica, culminación de su proexistencia hacia el Padre y hacia los demás. "Puso su cara hacia Jerusalén" (Lc.9,31), transformado en la traducción de Osty (Biblia de Jerusalén) por "se afirmó en su voluntad de ir hacia Jerusalén". En fidelidad a su misión salvífica, sostenido por su voluntad filial obediente a esta misión encomendada por el Padre, acuerdo que incluye la libertad y el asentimiento libre del hombre Jesús (Constantinopolitano III), desde allí vive Jesús una historia de conflictos humanos que lo llevan y lo exponen al abandono y a la muerte. Conflictos en los que se juegan permanentemente las libertades de los hombres que intervienen, y que, en realidad, habían comenzado muy temprano en el transcurso de su vida pública (cf. por ej. Mc.3,6 par.).

* Alberto Espezel, sacerdote, San Isidro, profesor de Teología Dogmática en diversos institutos. Director de *Communio*. Recientemente ha publicado *Jesucristo, vida y Pascua del Salvador*, Paulinas Criterio, Buenos Aires 1998.

Hay que mantener entonces las dos realidades, las dos puntas de la cadena (*les deux bouts de la chaîne*, como dicen los franceses), la libertad de Dios y la libertad de los hombres, la libertad del Dios tripersonal, la libertad del hombre Jesús (unido hipostáticamente al Hijo) y las libertades de cada uno de los hombres que entregan a Jesús, o que se apartan de El en el momento decisivo.

Todos ejercen su libertad en aquel momento: el Padre, exponiéndolo y librándolo a Jesús (Rom.8,32; Jn.3,14); el Espíritu, acompañándolo a Jesús en el momento de la diástasis (división) suprema con el Padre (el abandono; Mc.15,34; cf.Heb.9,14 "que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios.."); el Hijo Jesús, entregándose en un acto de perfecta obediencia libre de amor, dándose eucarísticamente tanto al Padre como a los hermanos; los hombres (Judas, el Sanhedrín, Caifás, Pilatos, los que lo abandonan) que lo entregan concretamente a la muerte; y también todos aquellos que de un modo u otro, con nuestros pecados hemos contribuido a aquella representación inclusiva irrepetible que Jesús hacía por todos en el momento de la Cruz.

Como bellamente muestra Durrwell, Jesús muere "hacia el Padre" (Jn.1,1:"eis ton patrón") culminando toda una vida en recepción y en entrega "desde el Padre y hacia el Padre", que Barth y Schürmann llamaron, con una expresión feliz como "pro-existencia".

El plan salvífico de Dios, en virtud del cual "era necesario" (Lc.24,26) que fuera entregado "según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros lo matásteis clavándolo en la cruz por mano de los impíos" (Hech.2,23), no obsta, como lo hemos dicho y lo repetimos, a la plena libertad de quienes entregan a Jesús, quienes jugando su libertad -teodramáticamente (Balthasar)- son mucho más que meros "instrumentos" en manos de Dios (Barth), lo cual no impide que en una forma misteriosa su libertad quede integrada en el plan de Dios, en su "ordo salutis" respetuoso hasta el final de la libertad de los hombres.

II. La acción redentora y el silencio paterno

Como de algún modo ya lo anticipábamos arriba, hagamos el esfuerzo de mirar la entrega sacrificial de Jesús desde el Padre, desde la perspectiva del Padre.

La *Stellvertretung* de Jesús, su representación inclusiva y solidaria por nosotros, el que Jesús lleve nuestros pecados y nuestra condición pecadora ante los "ojos" del Padre, lo "desarma" al Padre (Balthasar) en su rechazo del pecado. Con palabras de Sto. Tomás: el que el Padre encontrara un bien tan grande en la naturaleza humana (ST III,49,4 c), a saber, el acto supremo de amor y libertad obediente filial hasta la muerte (Jn.10,17y ss.: "...porque doy mi vida para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre.") destruye el pecado (Heb.9,26), al punto que el Padre deja a un lado el rechazo del pecado ("est sublata odii causa", ST III, 49,4, ad 2).

El Padre nos ve a nosotros -a todos los hombres- en el interior de esta entrega de amor libre y obediente de Jesús que nos lleva a todos consigo, representándonos de un modo misterioso. De modo que Jesús en su entrega funda nuestro nuevo lugar de hijos.

La Eucaristía eclesial, por su parte, es la actualización sacramental de la oblación de Jesús: "La Iglesia toma en sus manos y extiende hacia el Padre eterno al Hijo eterno para que, en un primer momento, sólo vea a éste; pero tras este Hijo presenta a todos los demás que el Hijo lleva consigo, para no aparecer sin ellos ante el Padre" ¹.

El Padre es alcanzado por el ofrecimiento de amor del Hijo Jesús, como inversamente también lo alcanza nuestro pecado y nuestra oración, a pesar de una tradición tanto griega como deísta iluminista, de una impasibilidad absoluta de Dios, tradición en el fondo ajena a la revelación vetero y neotestamentaria de un Dios de alianza. Donde no se nos escapan, naturalmente, los difíciles interrogantes filosóficos y teológicos que plantea hablar de un *pathos* en Dios. *Pathos* que cuestionaría la omnipotencia misma de Dios, como lo muestra Michael Figura en su artículo de este mismo cuaderno, donde reflexiona a partir del concepto barthiano de una omnipotencia de libre amor en Dios.

Luego de la plegaria más misteriosa de todas, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc.15,34,par.), en la Cruz termina reinando el silencio de la muerte. Como admirablemente dice Balthasar: quien era la Palabra del Padre, calla.

¹ H.U. von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño*, Herder, Barcelona, 1989, p.83.

Ya Orígenes, en el siglo III, afirmó la existencia de una compasión del Padre con su Hijo en la Cruz : "Descendió (el Hijo) a nuestra tierra por compasión por el género humano; e incluso sufrió nuestros sufrimientos antes de sufrir el suplicio de la Cruz,...¿qué era el sufrimiento que sufrió por amor nuestro? Era la pasión (*pathos*) del amor. Y el Padre mismo, el Dios del universo, "ternura y piedad (sal.102,8), ¿no sufre también de un cierto modo?...En consecuencia, Dios soporta nuestra inconducta, como el Hijo de Dios toma sobre sí nuestros pecados. *El Padre mismo no existe sin compasión (impassibilis). Cuando se le implora, se apiada y compadece*, soporta algo por amor y (por él) se transporta en aquellos que no puede ser a causa de la sublimidad de su naturaleza"².

El arte cristiano, inspirado de algún modo en la piedad popular, fue expresando poco a poco el misterio de la compasión del Padre con su Hijo en la Cruz. Ya en el siglo XII aparece la figura del Trono de la Gracia, que muestra al Padre sosteniendo entre sus manos el brazo horizontal de la Cruz, sobre la cual se encuentra Jesús colgado, mientras que la paloma del Espíritu Santo se ubica entre uno y otro. El Padre se encuentra de frente, en una escala muy superior a la de Jesús crucificado. Paulatinamente, en el siglo XIII, el Padre aparece con signos de aflicción. Esta evolución culmina en el siglo XV, donde se abre el camino a una verdadera y propia *pietá* con el Padre y Jesús yacente, ya desclavado de la Cruz. En la figura del Padre, tanto la inclinación de su cabeza, las arrugas de la frente, la contracción de los arcos de las cejas, la contracción de los dedos de las manos y el paralelismo de las cabezas del Padre y de Jesús haban de una participación del Padre en el destino de su Hijo crucificado³. Esta evolución no es universal, sino teñida de particularismos, presente sobretudo en Borgoña, Flandes y Centroeuropa.

El Padre aparece, ya como una suerte de José de Arimatea, ya directamente como María, en una suerte de nueva *pietá*, a veces sentado, a veces de pie, con Jesús muerto ya sentado en sus rodillas, ya de pie al lado suyo. María, San Juan y otros santos pueden figurar aparte, orantes. "Siguiendo su trayectoria, una trayectoria de más en más autónoma, forjando una imagen del Padre que no es más impasible, sin

² Orígenes, Ezech.h.6,6; Baehr.VIII,384-385.

³ François Boespflug, *La compassion de Dieu le Père dans l'art occidental*, S.XIII-XVIII, Le Supplément, p.136, 1990.

confundirse sin embargo con el Siervo Sufriente, el arte cristiano ha sido quizás sobre este punto más teólogo que los teólogos de aquel tiempo. Ya que los artistas, los comanditarios (quienes encargaban la obra), los fieles que realizaron y contemplaron todas estas obras no creyeron que Dios podía quedar totalmente insensible delante de la muerte de su Unigénito; sin entrar en un conflicto abierto del concepto de impassibilidad, sostuvieron, o recibieron la predicación silenciosa del Padre compaciente, realizando por sus aprobaciones que se fueron sumando un acto de "recepción" eclesial (Congar) común a muchas generaciones sucesivas, y repartido sobre una muy vasta area geográfica " 4.

Habría que desentrañar todo el contenido teológico de esta expresión de la piedad popular y del artista cristiano. No obstante su silencio, no obstante la objetividad de la diástasis suprema del momento del abandono en la Cruz, el Padre eterno, en la unidad del Espíritu en quien Jesús se ofrece (Heb.9,14), acompaña misteriosamente a su Hijo compadeciendo con El, su Elegido en quien se complace.

Si nos preguntáramos cuál sería la palabra relacional que, traspuesta, mejor expresara humanamente desde el Padre aquello que en forma opuesta y filial expresa de manera incomparable el *Abbá* de Jesús expresado en Gethsemaní (Mc.14,36 par.), pensamos que esa palabra no podría ser otra que el vocativo "Hijo", que resuena solemnemente ya en la escena del bautismo: "tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy" (Lc.3,22; sal.2,7) y vuelve a resonar de modo impresionante en la Transfiguración (Lc.9,35 par.).

Hagamos aquí un pequeño paréntesis personal y criollo. Quien tenga sangre de nuestro Norte argentino en sus venas -de nuestra argentina tucumana-, ha escuchado de niño el entrañable "m'hijito" de su madre, acentuando la segunda sílaba, transmitido por vía materna de generación en generación. ¿Cabría trasponer a la relación trinitaria paterna, como contracara del *Abbá*, a nuestro "m'hijito" norteño?

En aquella eterna relación paterna, aquel vocativo "Hijo mío", pronunciado en el Espíritu Santo, que funda toda existencia y todo tiempo, calló en la Cruz. Pero se calló en una misteriosa compasión

4 Op.cit. pág.159

que nos resulta teológicamente inasible, pero que el artista cristiano supo expresar en sus bellísimas *pietás* con la figura del Padre.

El silencio del Padre no interrumpe el acto de la eterna generación del Hijo en el Espíritu Santo, no interrumpe la eterna receptividad filial en el Espíritu de quien es la Gratitud subsistente, ni tampoco rompe el nexo de amor entre el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo. La diástasis, la suprema separación entre el Padre y el Hijo, expresado en el grito de abandono (Mc.15,34), no quiebra el eterno lazo paterno-filial en el Espíritu que todo lo sostiene.

La misión del Hijo -que supone la generación- alcanza su culminación en el acto de libre y amante obediencia hasta la muerte (Fil.2,8), donde finalmente "todo está cumplido" (Jn.19,30).

III. La Respuesta del Padre: Resurrección

El Padre calló a la espera en que la palabra recreadora volviera a sonar: "Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy" (Hech.13,33; sal.2,7). "A éste (Jesús), Dios lo resucitó, liberándolo de los poderes del Hades, pues no era posible que quedase bajo su dominio..." (Hech.2,24).

La Resurrección de Jesús es la definitiva respuesta paterna a la oblación de amor del Hijo, la confirmación paterna a la prosecución amante de la misión por parte del Hijo. En cierto modo, se devela en la Resurrección el acompañamiento compasivo que el Padre hace del Hijo en el Espíritu durante toda su misión terrena y especialmente en aquella culminación del *status exinanitionis* que constituye la Pasión y la Muerte de Jesús.

Si el Hijo muere "hacia el Padre", si el grito de abandono en Mateo y Marcos (Mc.15,34 par.) es también un grito orante, si la entrega confiada en Lucas (Lc.23,44: "en tus manos encomiendo mi Espíritu") o en Juan (Jn.19,30: "entregó el Espíritu"), expresan la relación filial en el momento supremo de esa muerte representativa (no una muerte más ni una muerte cualquiera), la Resurrección es la manifestación de que Jesús llegó y tocó el corazón paterno. Dicho con el autor de la carta a los Hebreos: "penetró Cristo en el mismo cielo, para

presentarse ahora ante el acatamiento de Dios en favor nuestro" (Heb.9,24). Y en este sentido ella es la todopoderosa respuesta paterna al ofrecimiento filial: "...para que conozcáis la grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo, sino también en el venidero" (Ef.1,19-21).

El Hijo muere hacia el Padre en el Espíritu llevándonos *in nuce* a todos con El, para que el Padre responda resucitando al Hijo por el Espíritu (Rom.8,11; Rom.1,14), y nos resucite a todos por medio de El (1 Co.15,20 y ss.). La donación oblativa y la aceptación glorificante se corresponden y encuentran, lo cual no obsta, ciertamente, a una teología del Descenso a los infiernos, consecuencia de la muerte.

La Resurrección de Cristo es el comienzo de la resurrección de todos, en tanto que El es el primogénito de entre los muertos (Col.1,18). Por ello se puede hablar de un único acontecimiento o proceso de resurrección que comienza en Cristo y ha de continuar en todos los hombres (Greshake; Schönborn), y cuya fuente originaria es el Padre que actúa por el Espíritu Santo.

Allí, en la Resurrección, con la presencia nueva de Jesús resucitado, suena el momento de la donación del Espíritu Santo divinizador, fruto de la redención, ya que "aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado" (Jn.7,39). Es el mismo evangelista Juan quien subraya con todo relieve cómo el Resucitado, en la misma tarde de aquel primer día de la semana, sopla el Espíritu Santo sobre los discípulos enviados a la misión (Jn.20,22). Donación del Espíritu de algún modo anticipada, como lo hemos visto, en la entrega de su Espíritu en la muerte (Jn.19,30) y en el agua que mana simbólicamente del costado atravesado de Jesús (Jn.19,34).

La teología joánica de la Resurrección vincula estrechamente la donación del Espíritu con la realidad del Resucitado. De un modo diverso a Lucas, quien parece más pedagógico y litúrgico, Juan expresa en una forma gráfica y clara la unión entre la Resurrección y la misión del Espíritu que agracia, misión que es fruto de la redención. Misión que remite originaria y últimamente a la fuente paterna, origen de to-

da misión trinitaria. El don del Espíritu realizado por Jesús es enviado originariamente por el Padre, quien le concede a Jesús el poder de donarlo: El Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho "(Jn.14,26).

Misión en la que interviene Jesús resucitado, el Hijo encarnado, co-espirante del Espíritu en la Trinidad inmanente y también en la Trinidad económica (la Trinidad abierta a la dispensación salvífica al mundo). El se encuentra lleno del Espíritu Santo, como "último Adán, espíritu que da vida"(1 Co.14,45), "porque el Señor es el Espíritu"(2 Co.3,17), como dice misteriosamente Pablo, identificando casi al Señor resucitado con la esfera de acción del Espíritu Santo.

Si toda la historia de la salvación, el *ordo salutis*, apunta finalmente al don del Espíritu que obra la gracia en el hombre justificado como anticipo de la bienaventuranza en la gloria última, es necesario concluir que el designio trinitario de creación y salvación del hombre ha de poseer una estructura originaria trinitaria, no obstante el axioma de que las obras ad extra de la Trinidad sean comunes a las tres personas. Estas obras han de llevar el sello de aquello propio de cada una de las personas que actúan conjuntamente. Y es preciso además tener en cuenta que el axioma mencionado ha de ser articulado con las misiones trinitarias, misiones que sí son propias del Hijo y del Espíritu, enviados, respectivamente por el Padre (en el caso del Hijo) y por el Padre junto con el Hijo (en el caso del Espíritu).

Esta estructura originaria del designio salvífico ha de seguir el mismo movimiento y el mismo ritmo de la vida divina intratrinitaria, que partiendo del Padre es recibido, asentido y participado por el Hijo, y es vivido en el amor del Espíritu Santo, quien como nexo une al Padre con el Hijo (Cf. Lumen Gentium n.2,3,4).

Finalmente, la imagen del Padre compasivo con Jesús en la Cruz, y que responde finalmente con su poderosa palabra resucitadora, nos invita también a pensar la relación de Dios con todo hombre sufriendo, con todo hombre que sufre un dolor inmerecido. La actitud de Jesús con los enfermos en su misión de anuncio del Reino, nos revela cómo ve Dios Padre nuestro dolor de hijos en el Hijo.